

—¡Cómo! ¿Un hijo no puede castigar á los asesinos de su madre?

—No; el Código no ha previsto el caso. No está el señor Armando en un caso excepcional para la ley.

—¿Y qué le harán si los mata?

—Le juzgará una Audiencia de lo criminal como á otro asesino cualquiera.

—¿Qué tribunal osaría condenarle? Y si le condenasen, le absolvería la opinión pública. ¡No serías tú quien le condenara!

—Es posible. Pero no quiero (dijo él con repentina resolución) que te cases con un hombre predestinado á verse tal vez dentro de poco en el banquillo del acusado; no quiero que te sientes á su lado, y tengas que confesar á los jueces que le ayudaste á vengarse, y pedirles que, puesto que á él le condenan, te condenen también á ti. Te conozco hartó bien, y sé que serías capaz de hacerlo así.

—¡Oh, es verdad!—se le escapó decir á ella, dejándose llevar de una sensación puramente romántica.

Entonces su padre, deseoso de terminar aquella conversación, que era un torcedor de su alma, la dijo con suma entereza, pero sin atreverse á mirarla:

—Tú misma has dado contestación á tus súplicas. Tengo el deber de defenderte contra ti

misma, y te repito lo que ya he dicho. No puedes casarte con el señor Armando Le Forestier, y no te casarás con él.

### VIII.

Por el tono decidido, por el ademán resuelto de su padre, la señorita Clara de Beuvret había comprendido que, por el momento al menos, era necesario renunciar á convencerle; no replicó, pues; pero al cabo de un momento de silencio doloroso para aquellas dos personas, unidas siempre por el solo deseo de hacerse recíprocamente amables, y que se hallaban en desacuerdo por primera vez en su vida, la joven se atrevió á decir:

—¿Entonces, padre mío, en la entrevista celebrada ayer con el señor Armando Le Forestier, le habréis negado mi mano?

—No; aduje solamente que sus confianzas me habían impresionado mucho; que eran de tal naturaleza, que podían influir en mi modo de pensar, y tal vez modificar mis proyectos; y he terminado pidiéndole que me concediera algún tiempo para decidirme.

—¿Y no os ha parecido que le producía eso alguna extrañeza?

—No lo he notado, al menos. Su relato y los dolorosos recuerdos que ha tenido que evocar le han conmovido con exceso, y se ha retirado precipitadamente.

—¿Creéis que vendrá hoy?

—Lo supongo, porque deseará conocer mi decisión. Le esperaré, y hablaré con él.

—¿Puedo pedir os una gracia, padre mío?

—Seguramente, hija mía. ¿En qué consiste?

—En recibir yo misma al señor Le Forestier, y decirle vuestra resolución.

—Será muy cruel para ti.

—Pero para él no lo será tanto.

—¿Tienes intención (preguntó Beuvret con cierta inquietud) de darle alguna esperanza?

—No puedo decíroslo, padre mío; porque me dejáis abandonada á mis propias fuerzas.... Os diré, sin embargo, que sólo pienso manifestarle que yo hubiera sido muy dichosa uniéndome á él para dar cima á la en mi concepto buena obra que se propone llevar á cabo.

Beuvret dejó caer la cabeza melancólicamente, y su hija prosiguió, sin darse cuenta de lo que pasaba por el ánimo de su padre:

—No podéis, amado padre, negarme esta satisfacción. El señor Le Forestier no es ya mi prometido, y no podéis, por tanto, negarme el derecho de hacerle presente que me someto en un todo á vuestra voluntad. Lo habéis decidido

así, y me resigno con el mandato; pero no me es posible olvidar en un segundo al que durante tres meses ha sido nuestro asiduo compañero, nuestro querido amigo. ¿Debe separarse de nosotros para no volver nunca á vernos, sin que yo le dé el último adiós por vos y por mí?

—Sea. Recíbele, háblale; pero ten en cuenta que todo lo abandono á tu prudencia.

La joven se retiró silenciosa, dirigiéndose al jardín. Cuando él quedó solo, cuando no tuvo necesidad de toda su firmeza, de toda su sangre fría, desfallecido, trémulo de emoción, se dejó caer en una butaca.

¡Qué lucha acababa de mantener con ella!... ¡con su adorada hija! ¡Y no había acabado; comenzaba entonces!... No se equivocaba él respecto de la resignación de ella: obedecía por instinto, por consecuencia de la educación recibida, por costumbre, por respeto filial; pero aquel corazón que él había formado, aquella inteligencia que había cultivado, protestaban contra él y le acusaban. Mas, ¿qué ocurriría si á esta resignación, inspirada por una última esperanza de su hija, sucedía la continua melancolía que nada disipa, el dolor constante que desgasta el cuerpo y mata el corazón? ¡Harto conocía él lo que hace sufrir un amor desgraciado, combatido, y las catástrofes que puede producir!

\*\*\*

En el jardín, después de haberse separado de su padre, Clara de Beuvret se dirigió á una especie de azotea que dominaba por completo el camino que conducía á la *villa*. Muchas veces sentada en un banco, ocupadas las manos en hojear un libro que no leía, había contemplado desde allí la llegada ó la partida de Armando Le Forestier, entonces Paul Girard. La víspera aún le había visto venir de lejos, de muy lejos, cargado con una cesta de flores silvestres que había ido á coger por sí mismo en Bois-Séjour.

Hoy no la traería flores, que no tenía derecho á ofrecer. Puesto que le quitaban el título de esposo prometido, no era posible ni aun tener la seguridad de que vendría. La vacilación suspicaz y las cavilaciones del señor de Beuvret, que ponían en tela de juicio las razones que pudieran asistir á los amantes y dejaban adivinar una negativa, después de haber dejado entrever, casi prometido, su consentimiento, debían haberle herido, haberle lastimado. Pues qué, ¿había de ser considerado como un crimen, que él, rico cual lo era y en disposición de hallar ventajosos partidos, prefiriera casarse con una señorita sin bienes de fortuna?... Se le reprochaba también, con más fuerza que nada, por haber guardado fielmente en su corazón el recuerdo de su madre y la resolución de castigar á los que la habían asesinado villanamente.... ¡Ah! Sin duda su espíritu

se había rebelado contra tamañas injusticias, y el joven había terminado por renunciar á recibir una respuesta que, cuando menos, debiera habersele dado espontánea é inmediatamente.

Ante la idea de no volver á verle, de no tornar á hablarle, y en la imposibilidad de darle una explicación de los hechos, y de pedirle perdón por una negativa que á ella hacía sufrir más que á nadie, se estremecía la desdichada.

—¿Qué juicio formaría de ella? Creería acaso que se burlaba de su proyecto de castigar á los culpables, que tenía miedo de asociarse á la ejecución de sus planes. ¡Oh! ¡acabaría por creerla incapaz del valor, del agradecimiento y del sacrificio!

No, no; él la conocía demasiado bien. Habían cambiado con frecuencia sus impresiones, habían coincidido muchas veces en la manera de pensar durante aquella intimidad de tres meses, más profunda aún que la de algunas relaciones de muchos años, en que los amantes sólo se ven de tarde en tarde y por corto espacio de tiempo.

A todo esto, no venía. El camino continuaba solitario.

De pronto se oyó ruido de pisadas sobre la arena del jardín.

¡Era él! No lo había visto, pero le había adi-

vinado; había venido por una senda de atajo que conducía directamente á la *villa*.

Le esperó sin salir á su encuentro, como de costumbre, por el temor de que al verla con aparente animación, pudiera creer que le aguardaba una buena noticia.

La había visto muy pronto, y apresuró el paso. Al acercarse, con la vista fija en ella, lo había comprendido todo.

—Que no; ¿verdad?—preguntó sumamente emocionado.

—En efecto (respondió ella, temblorosa de emoción); mi padre se ha negado.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque os juzga demasiado rico.

—Si sólo es ese el impedimento, podía desaparecer fácilmente; cuesta menos trabajo empobrecerse que hacerse rico.

—¿Y consentiríais por mí?...

—¿En dar la mayor parte de lo que poseo?... ¡Pues ya lo creo! ¿Para qué se apetece la riqueza? Para ser dichosos. Pues si es un obstáculo para la felicidad, no sólo es inútil, sino perjudicial, y es preciso suprimirla; razón en virtud de la cual no me ocupo del primero de los óbices formulados por vuestro padre. ¿Cuáles son los otros?

Clara los confesó con completa franqueza, re-

pitando frase por frase cuanto acababa de decirle el señor de Beuvret y cuanto ella le había replicado.

—¿Y no creéis que vuestro padre pueda volver sobre su acuerdo?

—No..., á menos que....

—¿Qué?

Después de alguna vacilación, dijo Clara:

—Que renunciéis por vos mismo á vuestros proyectos.

—¿Mis proyectos de vengar á mi madre, de castigar á sus asesinos?

—Sí.

—¿Y á ese precio pudiera yo esperar?...

—Sin duda; no teniendo mi padre más dificultades que ofrecer, consentiría.

—¿Qué me aconsejáis?

—No quiero daros consejos, sino que hagáis aquello que mejor os parezca.

El joven bajó la vista por algunos segundos, con el ánimo de concentrar mejor sus ideas, ó por el temor de dejarse influir por la contemplación de aquella criatura. Luego, irguiendo la cabeza, dijo resueltamente:

—Sin que á ello me compeliere nadie, he ofrecido sacrificar mi fortuna; pero ese otro sacrificio es superior á mis fuerzas.... Á pesar del dolor que me produce perderos, tal vez para siempre, cumpliré la palabra que á mí mismo me he dado.

—¡Bien! (dijo ella cariñosamente, tendiéndole la mano): algo menos os hubiera.... estimado, si me hubieseis dado otra réplica.

Pasaron algunos momentos en silencio.

—¿Qué diría vuestro padre (exclamó él repentinamente), si algún día viniera á decirle: «He descubierto á los asesinos, y los he castigado por mí mismo. La justicia ha renunciado á perseguirme, ó bien, por el contrario, me ha perseguido, y he podido librarme de ella»?

—Me parece que se vería en la necesidad de consentir, puesto que ni yo ni vos habíamos de volver á vernos expuestos á ningún otro peligro.

Sin embargo, la tristeza volvió á apoderarse de su ánimo, y añadió:

—¿Cómo podéis esperar hoy obtener la victoria tan fácilmente, después de tan inútiles esfuerzos?

—Lo ignoro: la casualidad, vuestra suerte acaso.... Confío en vuestra estrella, la que habéis escogido en los cielos y me habéis mostrado á veces; ella se encargará de iluminar mi camino y de guiar mis pasos.

—¿Y si por casualidad (añadió ella) os equivocarais de estrella, y os dejaseis conducir por una mala en vez de una buena?

—¡Bah! Entonces, después de haber intentado hasta lo imposible, renunciaría á una lucha inútil, y viviendo con el amor á mi madre, que

no os habrá de dar celos, me consagraría á pensar en vos.

Y se separaron, no tan desesperados, no tan desolados como creían haberlo estado, merced acaso á la esperanza que el uno llevaba en la imaginación y conservaba la otra en el fondo de su corazón.

Durante la conversación que había mediado entre ambos jóvenes, sentados en un banco del jardín, el señor de Beuvret los había estado observando desde la puerta del salón.

Durante algunos segundos, su vista no se apartaba de los jóvenes, y obedeciendo á una especie de alucinación, tal vez á esas influencias magnéticas que los hombres de ciencia estudian, hubo momento en que no vió á los jóvenes tales cuales eran.

Su hija le pareció de más edad, con los cabellos grises, descolorida y de espantado mirar, alzando los brazos como para rechazar un enemigo invisible.

Por el contrario, Armando Le Forestier era más joven, era pequeñito, era un esbelto niño, que llevaba una blusita blanca de marinero, sobre la cual caían sus rubios cabellos, y estaba de rodillas con las manos cruzadas.

Á intervalos le parecía oír que con el rumor del torrente vecino le traía el viento estas voces del niño:

«¡Socorro, socorro!... ¡Tened piedad de mi mamá!»

Y entonces se tapaba los oídos para no oír, y cerraba los ojos para no ver; pero la visión le perseguía y los gritos llegaban distintamente á su oído.

Á pesar de los veinte años transcurridos, el crimen se reproducía ante su imaginación con todas sus circunstancias, y la hija de uno de los criminales tomaba el aspecto de la mujer asesinada, de la víctima cuya venganza no se había satisfecho aún.

## IX.

La residencia en Royat no era ya tolerable, ni para los huéspedes de la *villa* ni para Armando Le Forestier. Las relaciones bruscamente interrumpidas, tras una larga intimidad, dejan una tristeza, un vacío en el corazón, que no permiten la permanencia en el lugar donde se ha disfrutado la dicha que proporcionaron y que ya no ofrecen. Por esto el señor de Beuvret y su hija no tardaron mucho en regresar á París, mejor dicho, á la casita que hacía mucho habitaban, que se hallaba situada entre Passy y Auteuil, lejos del ruido y del gentío.

En cuanto á Armando, fué mayor la prisa por alejarse de los lugares que habían sido testigos de su dicha perdida, ó interrumpida cuando menos.

Al otro día de su última conversación con la señorita de Beuvret, tomó el expreso de la mañana: una vez en París, montó en el carruaje que le aguardaba, y bien pronto se apeaba en el boulevard Haussmann ante la puerta de la casa en que fué asesinada su madre.

El edificio vastísimo, ocupado en otro tiempo por muchos inquilinos, se había transformado, por orden del propietario, en hotel de particular. Sin embargo de las alteraciones introducidas por consecuencia de aquella transformación, la habitación del segundo piso que habitó la señora Le Forestier conservaba su aspecto primitivo. Los muebles estaban en el sitio en que el crimen ó las pesquisas judiciales los habían dejado: sobre la mesa del salón, el tintero y las plumas de que se habían servido las autoridades para recibir las primeras declaraciones; en el dormitorio, las persianas estaban cerradas y las cortinas corridas; los cajones de los muebles abiertos, las sillas en desorden y las ropas de la cama revueltas. Sólo faltaba la víctima en el lecho para creer que no había pasado un día desde el siguiente al asesinato.

Es una gran fortuna reservada á los ricos la

dicha de poder conservar así con todo su aspecto de realidad el lugar que habitó una persona querida mucho tiempo, y donde vino á morir. Los pobres con frecuencia tienen que abandonar su casa, y dejar que el inquilino que les sucede convierta en salón de baile y centro de alegrías la cámara mortuoria testigo de tantas lágrimas.

Armando Le Forestier ocupaba el entresuelo y el principal, que estaban amueblados con extraordinario lujo, y más que nada artísticamente.

Las restantes habitaciones de los pisos altos y de la planta baja, las había convertido en museo de cuadros notables y biblioteca de obras raras. Era la morada de un hombre que goza de una gran fortuna; pero de un hombre de buen gusto, instruído, serio, de costumbres un tanto severas, y amante de las cosas bellas, sólo por su belleza, por el placer de disfrutarla, no por la vanidad de hacer ver que se posee.

Tan pronto como entró en su casa, le anunciaron la visita de Roberto du Chatel, que seguía siendo vecino suyo.

—Buenos días, hermanillo (dijo el joven, abrazándole con efusión). He sabido esta mañana, por tus criados, que llegabas hoy, y como sabía la hora de la llegada del tren, he dejado mi despacho, y he venido á verte. Déjame que te

mire. ¡Guapa cara!... Un poquillo moreno del aire del mar; pero eso no importa; ya blanquearás en París.

—No hablemos de mí, sino de ti. ¿Estás contento?

—Muy contento.

—¿No tienes de qué quejarte?

—No, sobre todo desde que he tenido la idea de establecer un gabinete de consultas. El colegio de abogados es muy severo en ciertas cosas, y no permite que se ejerzan profesiones que no sean nobles. Pero como es preciso vivir, como los pleitos no venían á buscarme, y como, preciso es reconocerlo, yo no tengo eso que se llama el don de la palabra, porque me corto con facilidad y pierdo la ilación del discurso, he tenido que ensayar otra cosa. De consiguiente, ya no soy abogado de los tribunales; soy solamente un abogado que se dedica á evacuar consultas en su bufete.

—¿Y estás satisfecho?

—¡Ya lo creo!

—¿Tienes muchos clientes?

—Muchos: propietarios, bolsistas, comerciantes, gentes de todos pelos.

—¿De qué pelo?

—De todos: de pelo largo, de pelo corto y de medio pelo.

—¿De medio pelo también?

—Sí, muchas veces.

—¿Y dónde está situado ese gabinete de consultas? ¿Te has establecido durante mi ausencia?

—En la Chaussée d'Antin, en un entresuelo muy bajo; no tiene más que dos piezas; no me hace falta más. Una donde yo estoy y recibo, y otra para salón de espera, que está constantemente lleno.

—Muy bien; á tu estudio iré á llevar los negocios que tenga.

—¡Oh! No te molestes (dijo Roberto, como si temiera que su amigo cumpliera su promesa); para clientes como tú, despacho las consultas á domicilio. Además, que te chanceas hablando de eso, porque no eres hombre de esos tratos. Si uno de tus muchos inquilinos no te paga, sé harto bien que, en lugar de perseguirlo judicialmente, le prestas dinero.... Por cierto que no todos los propietarios de París son como tú.... ¡Los conozco de oro!

—De modo que no te pesa la profesión, y ves con gusto que tu padre te haya obligado á estudiar derecho en lugar de estudiar medicina.

—Con efecto; lo hecho, bien hecho está.

—Acá para *inter nos*: ¿ganas dinero?

—Más del que necesito. ¿Te hace falta?

—¿Y tienes valor de hacerme ese ofrecimiento? Tú, que no has querido aceptar nunca nada de mí (dijo riendo Armando Le Forestier). Vaya,

ocupémonos de los tuyos; voy á ir á abrazarles dentro de algunos segundos. ¿Estarán bien? ¿Y tu hermana?

—Así, así; no muy bien.

—¿Pues y eso?

—Penas de amor.... Deposito en ti esta confianza, porque eres de la familia.

—¡Diantrel! ¡Pues bueno fuera que tuvierais secretos para mí! ¿En qué consiste su pena? Siendo hermosa como es, debe ser amada.

—Lo es; pero se trata de ciertos obstáculos que la separan del Capitán.

—¡Ah! ¿El oficial del invierno pasado? ¡Guapo mozo, y de mucho porvenir! Ya me figuraba yo que acabarían por amarse. ¿Y qué clase de obstáculos son esos?

—Que mi hermana no tiene medios de fortuna, y en el ejército, ya se sabe, si no hay dote, no hay mujer. Esto es reglamentario.

—Es severo el reglamento.... Á propósito: ¿qué edad tiene exactamente tu hermana?

—Cumplirá muy pronto veinticinco años: es más pequeña que nosotros. ¿Por qué lo preguntas?

—Eso no te importa (dijo burlescamente Armando). ¿Qué noticias me das de tu padre?

—No muy gratas: de poco tiempo á esta parte ha perdido mucha vista, y teme verse obligado á dejar de trabajar; y activo, laborioso, como



sabes que él es, comprenderás lo que esto le atormenta.

—Vamos á verle al punto. ¿Me acompañarás, no es así?

—Hasta la puerta sólo; no puedo subir; tengo que volverme al cuchitril. Ya ves....; los clientes me esperan....

—¡Pero qué! ¿No te has tomado vacaciones este año? ¿No viajas? ¿No vas á ninguna parte?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque acaso te necesite.

—Cuando quieras; ya sabes que soy todo tuyo.

—Sí, ya lo sé; dispuesto á hacer todos los favores, y á no aceptar ninguno.

—Porque no los necesito.

—¿Dónde comes?

—En casa.

—Vente á comer conmigo: hablaremos.

—¿Dónde, aquí?

—Sí, estaremos mejor.

—Conformes. Entonces no te espero; no tengo tiempo más que de ir á mi despacho y volver.

—Haz como gustes.

Armando Le Forestier quedó solo en su despacho, donde había recibido á Roberto du Chatel, y abriendo uno de los cajones de su mesa, sacó un sobre grande, encima del cual había escritas estas palabras: «Los documentos que contiene este pliego pertenecen al doctor du Cha-

tel, y deben serle entregados inmediatamente, si yo muriera».

Sacó del sobre tres hojas de pergamino impresas, y después de leerlas, murmuró:

—Esto es, mis cálculos eran exactos. La ocasión se aproxima.

Y volviendo á guardar los pergaminos, cerró el cajón.

## X.

Antes de visitar á sus vecinos, Armando Le Forestier quiso hacer otra visita, que le exigía en primer término su corazón.

Tocó el timbre, y preguntó á su ayuda de cámara, que se presentó en seguida:

—¿Está Julia?

—Sí, señor; aguardando las órdenes del señor.

—Di que abra la habitación del piso segundo; que subo al punto.

Julia era la antigua doncella de la señora Le Forestier, la que la acompañaba en sus correrías cobratorias, y que no la había abandonado el 15 de Enero de 1862. Cuando el pequeño Armando, después de la muerte de su madre, fué á vivir á casa de los du Chatel, se encargó de servir al

entonces niño. Le vió crecer, desarrollarse, y se hizo para él una especie de aya, de mujer de confianza, que como ama de llaves transmite órdenes á los demás criados, y tomando las cuentas se ocupa de aquellos detalles que á los hombres en general son desconocidos.

Muchas veces, en la época en que Le Forestier hacía por sí indagaciones sobre la muerte de su madre, había interrogado á Julia acerca del criado Antonio Guiraud. Nadie podía conocerle mejor que ella. ¿No habían vivido juntos, sirviendo, durante una semana, la que precedió á la comisión del crimen? ¿No había declarado ella primero al Comisario de policía, y luego al Juez de instrucción, las interesantes noticias que conocía acerca de las costumbres y modales del delincuente? «Es muy cuidadoso de su persona; tiene las manos blancas, las uñas bien cortadas, y su conversación es la de un señorito.» Además, Julia había dicho muchas veces: «Me parece estarle viendo; creo que su fisonomía no se borrará jamás de mi memoria». Y, con efecto, á pesar del tiempo transcurrido, la mujer proseguía diciendo que si le viese le reconocería.

Conservando á Julia á sulado, y creándola una posición no soñada, superior á su primitiva condición, Armando se había propuesto recompensar á la fiel servidora de su madre, y tener continuamente á su lado la testigo que pudiera ayu-

darle al descubrimiento de uno de los criminales.

Armando halló en la meseta del segundo piso de la escalera á Julia, que le aguardaba. Dióla la mano, como suelen darla los hombres que encuentran, después de una larga ausencia, á un criado antiguo de su casa.

—¿Nada de nuevo, Julia?

—Nada, señor Armando.

—¿Ha estado bien cuidada la habitación de mi madre?

—Por mí sola; no ha entrado nadie, con arreglo á vuestros deseos.

—¿Y las flores?

—Las he renovado cada dos días, y esta mañana me ha tocado hacerlo.

Él entonces entró en la habitación con cierto recogimiento y con la cabeza descubierta, atravesó el salón, que examinó de una ojeada, y se dirigió lentamente hacia el dormitorio.

Flores de otoño, colocadas en grandes jarrones, perfumaban aquel santuario, que iluminaban los últimos rayos del sol poniente. Se aproximó al lecho, se arrodilló, y rezó como lo hacía cuando era niño; después contempló largo tiempo una fotografía que representaba á su madre algunas horas después de morir, con los ojos cerrados, la faz inmóvil, con un crucifijo sobre el pecho, y éste cubierto por un paño blanco lleno de flores.

Algunos minutos después de aquella piadosa visita, fué á ver á sus vecinos los du Chatel.

Le abrió Juana, que estaba bien segura de que no tardaría en ir á saludar á sus mejores amigos, y que le había visto llegar.

Educados juntos, y profesándose un verdadero cariño fraternal, se abrazaron con entusiasmo. Después la señorita du Chatel condujo á Armando al salón, y le dijo:

—Tendrás que esperar un poco para ver á mi padre. Se ha dormido en una butaca.... Roberto ha ido á tu casa.... ¿Te ha dicho?....

—Sí, me tiene inquieto. ¿Es verdaderamente grave?

—Demasiado grave. Nuestro padre está amenazado por el peligro de perder la vista, si no renuncia á trabajar para siempre, ó al menos por mucho tiempo.

—¿Qué médico ha consultado?

—Á un especialista, el doctor X....

—Me dejarás leer la nota de su consulta y me la prestarás.

—¿Para qué?

—Quiero que la vea otro especialista de toda mi confianza. ¡Ah! ¡Di, hermanilla mía! ¿Y papá no gana algo trabajando?

—No, ni es posible mientras se cuida más de los pobres que de los ricos.

—Es cierto, y si prosigue de ese modo, ter-

minará por no tener un enfermo á quien asistir, comprometiendo de esa manera, no solo el porvenir, sino el presente, la vida cotidiana.

—Lo estoy temiendo,—articuló apenas Juana.

Luego en voz alta dijo:

—Pero tú no irás de ningún modo....

—¿Á ofrecerle mis servicios? (repuso Armando.) Me libraría bien. Me trató muy mal un día, y dijo: «No aceptaré nunca nada de ti, ¿entiendes? Nada. Entre nosotros no debe haber más que una buena amistad. Las cuestiones de dinero privan de expansión al ánimo. Los deudores y acreedores no se hallan bien juntos, y yo no quiero pasar por estos tormentos. No lo olvides, hijo mío, si en algo tienes mi cariño.» Más me dijo; muchas cosas que ya no recuerdo.

—Tenía razón mi padre.

—Razón, razón.... En fin, vuestra posición es de lo más triste. Sólo tenéis una esperanza: el trabajo de Roberto, que felizmente parece que obtiene algún resultado.

—¡Él! ¡Si no gana un céntimo el pobre!

—¿Sí?—exclamó sorprendido Armando, por la contradicción que resultaba entre lo que Roberto le había dicho y lo que acababa de oír.

Luego añadió:

—¿Qué es lo que necesita para hacerse una posición? ¿No es inteligente y laborioso como nuestro padre?

—Sí, pero como nuestro padre, no sabe palabra de las cosas del mundo.... El uno dice á los enfermos: «¡Si me llamáis para una niñería! Eso se curará sólo, sin visitaros yo». El otro, Roberto, dice á sus clientes: «Tenéis un mal negocio; no quiero encargarme de él, porque sé que habéis de perder», ó, por el contrario: «El negocio es excelente; pero no os enredéis en pleitos, porque os costarán más dinero de lo que vale el objeto del litigio; debéis arreglaros bienamente con el contrario». Y de este modo que te explico, el médico y el abogado trabajan sin ganar dinero.

—Sí, lo comprendo. Sin embargo, si Roberto tuviera medios para comprar un bufete acreditado, ya no tendría más remedio que seguir hasta la conclusión los pleitos comenzados, y acaso se aficionara. ¡Como no posee nada!....

—¡Eso!—contestó la joven, sin darse cuenta de que hablaba con el dueño de una fortuna colosal, generoso y espléndido cual ninguno.

—¿Y tú eres dichosa, hermanilla?

—Muy dichosa.

—¿Has vuelto á ver á aquel oficial tan guapo del año pasado?

—No. Decididamente el matrimonio no me conviene.... ¡Tengo que cuidar á mi padre! Hasta prefiero ser solterona.

Armando había previsto esta contestación.

Hacía largo tiempo que había querido ayudar á sus amigos con sus fuerzas poderosas; mas eran ellos tan discretos, tan delicados, tan dignos, que temían, puede decirse, la ayuda de aquel amigo. Aseguraban á todas horas que eran completamente felices: sólo cuando Armando preguntaba á Roberto por su hermana, le confesaba que era desgraciada, y al interrogar á ésta por Roberto, sabía la situación del muchacho.

Respecto al padre, al doctor du Chatel, los escrúpulos iban más lejos. Según el buen Doctor, todo iba bien para él y para sus hijos; á creerle, se hubiera pensado que la casa, arruinada por su desprendimiento y su generosidad, disfrutaba de prosperidad envidiable.

—¿Ya has venido, hijo mío? (dijo el buen du Chatel, entrando con aire complacido, pero con andar incierto y vacilante.) Me pareció oír tu voz desde mi despacho, y vengo á darte un abrazo.

—¿Estáis bien, padre mío?

—¡Perfectamente!.... Estos muñecos, que son unos charlatanes, te habrán dicho tal vez que estaba mal de la vista; pero es cosa de poca monta. ¡Con ocho días de reposo, curado! ¿Y tú, qué tal? Moralmente se entiende, porque lo que es de salud, con una mirada me sobra para ver que estás exuberante. Me escribiste diciendo que estabas enamorado de la señorita Beuvret, á quien tuve el placer de presentarte.... Tienes

buen gusto, muchacho; la chica es encantadora, modesta y digna. No la conozco más que de algunos días; pero basta y sobra. Me parece que le fuiste simpático. Te casas con ella.... porque, ¿quieres que sea franco?; pues debes casarte. Vives muy solo, muy retirado: ¡cásate con ella, hijo mío!

—No deseo otra cosa; pero ¿y si no me aceptan?

—¡Qué tontería!

—Pues, sin embargo, me rechazan.

—Imposible. ¿Quién? ¿ella?

—No; su padre.

—¿Con qué pretexto?

Armando contó al señor du Chatel lo ocurrido.

—Es absurdo (exclamó éste, después de oír á Armando con suma atención). ¡Rechazar una proporción como tú por tan fútiles preocupaciones! No debe haberte dicho los verdaderos motivos. Ahí hay algo más.... Á un médico viejo como yo no se le engaña así como así. Somos gente mal pensada los médicos.... Ya iré yo á ver al señor de Beuvret, á ver si le saco el secretillo. ¿Comerás con nosotros?

—No; como en casa. He convidado á Roberto.

—¡Hola! ¿Crees que nuestra comida no es tan buena como la tuya? Pues, amiguito, estás equivocado de medio á medio; hoy precisamente....

El buen Doctor no pensaba como exponía; pero deseoso de ocultar á Armando su triste situación, quería engañarle hasta en lo baladí, para que les juzgara felices.

## XI.

Terminada la comida, servida en un comedor rodeado de aparadores antiguos y las paredes cubiertas con ricos tapices; cuando los criados hubieron servido el café y traído cigarros y licores, los dos jóvenes, Armando Le Forestier y Roberto du Chatel, quedaron solos y pudieron hablar con libertad.

Armando comenzó por confiar á su amigo sus proyectos de matrimonio, que ya había confiado al Doctor. Le contó las razones que el señor de Beuvret había dado como motivo para oponerse al casamiento; la última entrevista habida con su amada, y la resolución tomada en ella de redoblar sus esfuerzos para descubrir los criminales, castigarlos y dedicarse entonces por completo á su prometida esposa.

—Pero (dijo Roberto) los has buscado hasta hoy sin descanso. ¿Cómo no habiéndolos podido encontrar hasta ahora, crees podrás hallarlos en adelante? Á medida que el tiempo pasa, las difi-